

## Editorial

### Competencias, aprendizaje y reflexión docente

La capacidad reflexiva es propia del ser humano desde el momento de su nacimiento, aunque en muchas ocasiones no sea empleada del modo más adecuado o correcto. A veces, ni siquiera es empleada y, por ello, al enfrentarnos a los problemas cotidianos, ya sean personales o profesionales, no siempre se obtienen los mejores resultados.

El ámbito profesional del docente, se ha ido transformando en una práctica más sistemática, organizada, planificada, mediada tecnológicamente, personal y colectivamente que va orientada a un proceso de cambio y mejora continua (Perrenoud, 2004). El uso adecuado de esta práctica podría permitir a los docentes analizar interacciones, criticar opiniones, creencias, teorías, además de evaluar alternativas que conduzcan a cambiar la realidad. Es decir, a innovar y a generar cambios (Elliott, 1993). Consistiría en incrementar sus competencias, no solo a nivel técnico, sino también en valores, sentimientos, opiniones, pensamientos y creencias, además del saber y saber hacer.

Por otro lado, la reflexión docente también se conceptualizó como proceso filosófico o ético. El componente filosófico implicaría la interpretación de los valores que se traducirán en la práctica. El ético pudo entenderse como la elección de un plan de acción para llevar a la práctica los propios valores. Así, como afirmó Gorodokin (2005), la reflexión sobre los medios y los fines no puede separarse y puede resignificar nuestras prácticas docentes sin perder de vista el objetivo de la educación, y las relaciones entre la enseñanza y el aprendizaje. Esta pretensión, enmarcada en el desarrollo de competencias que pretendían provocar un cambio significativo en la docencia y en el aprendizaje, aunque no ha llegado a producirse, ya que desde sus orígenes debía ser un cambio profundo y radical, pero parece que ha terminado siendo “más de lo mismo”.

Coincidimos con Castellanos y Yaya (2013), que citando a Perreneud (2010) afirmaron que los grandes pedagogos han concebido al docente como un inventor, un investigador, un artesano, un aventurero que va más allá de las prácticas tradicionales para diseñar e implementar propuestas innovadoras a partir de sus propias experiencias profesionales.

Otros autores, como Imbernón (2007), Marcelo y Vaillant (2009) o Perreneud (2010) afirmaron hace casi una década que formar a los profesores en ejercicio en ambientes de aprendizaje que favorezcan la reflexión sobre su propia acción profesional, debía plantearse como un propósito deseable en los procesos formativos, ya que era previsible que contribuyese a que éstos revisasen críticamente su actividad profesional, explicasen sus decisiones o acciones como docentes, y reorientasen sus prácticas pedagógicas. Ya en los años ochenta se planteó este escenario educativo y formativo, tomando ideas de Dewey de principios de siglo XX, con los docentes en formación en las escuelas universitarias de magisterio... y en la segunda década del siglo XXI... ¿dónde nos

encontramos? ¿cuáles van a ser las estrellas que nos sirvan de guía? ¿o vamos a sustituir en sextante por otras herramientas de navegación?

*Consejo de Redacción*